

En el buen camino

PEDRO FERNAUD

Por fin —¡ya era hora!— se ha anunciado por el Gobierno una reforma pactada —entre todos los grupos parlamentarios— del estatuto de RTVE. Como ya se ha hecho público esa reforma contemplará la separación de la gestión económica y profesional, la intensificación de los objetivos institucionales, la especialización de la segunda cadena en programación cultural, el control de los ingresos publicitarios y la intervención del Parlamento en los nombramientos y ceses del director general de RTVE.

Se ha impuesto finalmente la cordura y el ente público parece encaminarse por la senda correcta. Como veterano profesional de los medios audiovisuales públicos siento esperanza cierta en que este golpe de timón repercutirá favorablemente en el proceso de recuperación y pacificación de la radiotelevisión pública española.

Ha fracasado el modelo politizado de la televisión pública española. Ha llegado la hora de arbitrar fórmulas modernas o imaginativas desde estos dos principios básicos que deben presidir la elaboración del

nuevo estatuto: aplicación intensiva y racional de las nuevas posibilidades tecnológicas y devolución a la sociedad civil del protagonismo que le ha arrebatado el Estado.

Desde estos principios debe articularse una televisión pública descentralizada y cooperativa con el sistema audiovisual español en su conjunto, profesionalizada en su gestión: una televisión imparcial y objetiva en sus programas informativos, creativa y de calidad en sus programas culturales, con dignidad e ingenio en sus espacios de entretenimiento.

Quesada



Entre paréntesis

Los difuntos

LUIS MEANA

El capitalismo es un libro de contabilidad al que siempre le falta la página de la muerte, una hoja de cálculo en cuyo meticuloso Debe y Haber nunca aparece el doloroso asiento de la muerte. Antiguamente, el hombre se preparaba para la muerte como quien se prepara para un largo viaje a tierra incógnita. Pero el capitalismo moderno, que ha sido el vano intento de quitarle a la vida toda incógnita, ha reducido a la muerte, más que a un viaje a lo desconocido, a un imprevisto turístico: un corto-circuito que pasa en un segundo, tras el cual el circo sigue con todos sus números y programas como si no se hubiera desnuado el trapecista. Hoy día, la muerte es poco más que una

Son esos trozos de nuestra propia vida puestos en mármol

contingencia de la Dirección General de Tráfico, o sea, del derecho administrativo. El capitalismo no quiere saber nada de la muerte, sencillamente porque el capitalismo tampoco quiere saber nada de la vida: la vida ha sido degradada a mera contingencia de la economía, a mera acumulación de posesiones, títulos, cargos, honores y demás basuras. Correspondientemente, la muerte, misterio de la vida, ha sido degradado a mera contingencia de la estadística. Total, que la muerte —como tal— ha sido convertida, por estas sociedades tan supuestamente desinhibidas, en el gran tabú del que no se habla. Es una mera contingencia de la página de sucesos, que se asienta en el

libro de decesos, y basta. El capitalismo teme radicalmente a la muerte, precisamente porque la muerte es la única incógnita capaz de convertir toda esa contabilidad de éxitos en una superchería, en mera prestidigitación de la nada. Por eso, frente a la muerte, el capitalismo sólo sabe balbucir, como el peor tartaja, torpes cuadraturas de haberes y de números, promesas impúdicas de oro, en definitiva, palabrería. El día de los difuntos, también degradado a mera carnavalada del folklore, es sólo el pálido recuerdo de que hay una

contabilidad que va más allá de la muerte. Querámoslo o no, los cementerios son el libro de contabilidad que narra las deudas postmortem de nuestra propia historia: el recuerdo de

vidas y obras que fueron y son determinantes para nuestra existencia, el recuerdo de generosidades impagadas, la memoria de seres conocidos o anónimos sin cuya acción o sin cuyo pensamiento ni el mundo tendría hoy la faz que tiene, ni nosotros conoceríamos una existencia digna. El cementerio, más que una geografía del terror, es la silenciosa geografía de la piedad humana: es la memoria querida de mil seres próximos, las mil horas felices regaladas por la mano de una madre, los mil sacrificios de un padre, o la última reverberación de una amistad imborrable. El cementerio —los difuntos— son esos pequeños o grandes trozos de nuestra propia vida puestos en mármol.

Hermanos de sangre

CARLOS GALLEGO

Probablemente será el uno de noviembre, el único día del año en que los españoles por encima de nuestra siempre crispada cotidianeidad, convenimos en arrinconar disputas y resquemores, consagrándonos a honrar emocionalmente la memoria de nuestros seres más queridos que desgraciadamente ya no están con nosotros. Madrid es hoy, día de Todos los Santos, una ciudad enmudecida y desértica, en la que aún se pueden ver en muchas de sus calles restos florales que han quedado diseminados alrededor de los innumerables e improvisados puestecitos que no pocas familias gitanas han montado para aliviar en lo posible su precaria economía. Oigo por una emisora de radio que los cemen-

terios están muy animados —textual— desde primeras horas de la mañana, y que la Policía ha tenido que improvisar rutas alternativas para acceder a ellos, ya que han quedado desbordados por la afluencia de público. Lo de que los cementerios están muy animados, como si éstos fueran una discoteca o una divertida despedida de soltero, me produce un estado de absoluto desconcierto, como si de pronto me diese una especie de hemiplejía en la que una mitad de mí, vital y extrovertida, quisiera reír a mandíbula batiente; y la otra yerta y doliente, llorar a moco tendido, sin que por fin una de ambas ceda cordialmente al paso, a la otra quedándome como un pasmarote sin saber reaccionar. La verdad es que, últimamente, y según estos

descoyuntados tiempos van desazonándose por su complejidad, voy sintiéndome cada vez más confuso por todo cuanto más o menos me circunda o me atañe directa o indirectamente. Es algo así como si mi pobre discernimiento, ya de por sí nada rechoncho y falto de vitaminas, se encontrara con tal anemia que sólo puede esperar resignadamente la extremaunción y llegado el caso cristiana sepultura en esos sagrados lugares que hoy se encuentran tan animados, según el optimista locutor. Y es que hoy es uno de esos días de mucho rumiarse en los que uno deambula prácticamente solo a mediodía por una ciudad cuyos habitantes han llevado flores a sus muertos o aún estiran como pueden su sueño, y se da cuenta de repente

de que debe de escribir y dar su opinión, a ser posible sobre algo noticable o de palpante actualidad, y sencillamente no le apetece nada. El sol me da de lleno en este banco del parque de Santander, donde me he sentado a tomar algunas notas y amortigua dulcemente mi enfermizo desasosiego y mis convulsas contradicciones. Poco más allá puedo vislumbrar, tras la arboleda, la Dirección General de la Guardia Civil y obviamente no puedo por menos de acordarme de esos otros «muertos» surgidos de nuestra babilampiña democracia, y que pasan uno tras otro como flotando por el caudaloso Ganges de mi memoria. Todos ellos siguen insepultos. Algunos en Sudamérica, según los últimos rumores. Otros en prisión. Y muchos más



en libertad, confiados en que sus abogados sepan más de embalsamientos que de leyes, pues cadáveres como son, no les quedará representar en el devenir otro triste papel que no sea el de momias de infausto recuerdo. Pero eso es otro cantar, y hoy, como digo, luce un reconfortante sol otoñal que sólo invita a fumar la pipa de la paz. Mañana, en medio del trajín epiléptico de cada día, me temo que volveremos por desgracia a desenvainar la espada de la ira, y a enardecernos como gallos de pelea por la más mínima trivialidad. Los cementerios, sí, estuvieron muy animados, y creo a ciencia cierta que es allí, con la boca cerrada, y al lado de nuestros deudos, donde todos parecemos hermanos de sangre bien avenidos.